

El General Artigas y los Indios

El 23 de setiembre de 1950 se cumplirá el Centenario de la muerte de nuestro Héroe epónimo, General José Gervasio Artigas; este año será consagrado por los orientales a su recuerdo; dentro del plan que nos propusimos de escribir diversos artículos sobre su personalidad, trataremos en las presentes líneas un aspecto especial suyo: su amor a los indios.

Artigas, aunque de familia acomodada, vivió siempre en contacto con el pueblo; actuó principalmente en la campaña, siendo un verdadero gaucho por sus gustos y aficiones.

Todas las veces que pudo se mantuvo aléjado de la vida ciudadana; la prueba la tenemos en el hecho de que mientras gobernó al país tuvo su residencia en un pequeño pueblo por él fundado, a orillas del arroyo Hervidero, en lugar de habitar la capital: Montevideo.

Amaba y comprendía a la gente humilde la cual veía en él la encarnación de su propio ideal. Los indios, masa étnica dejada de lado por todos, sumida en la opresión y en la ignorancia por los blancos, vieron en Artigas, también, la reencarnación de su raza valiente; confiaron en él, lo siguieron, formaron parte de su ejército. Hasta los indómitos charrúas se plegaron a su causa.

Podemos decir que con Artigas aprendieron los indígenas el verdadero significado de la palabra Patria. Ellos, por un oscuro atavismo, sentían algo semejante al amor patrio; sabían que el suelo donde nacieron era suyo, que debían defenderlo de todos los extranjeros, pero de una manera confusa y salvaje. Con nuestro Prócer palparon las ventajas de una vida civilizada y cómoda teniendo la noción cabal de lo que es Patria. Artigas fundó varias colonias y poblaciones con familias de indios a los que se les dió chacras, aparatos de labranza y semillas para que pudieran vivir honradamente con el fruto de sus labores campesinas; se les facilitó igualmente instrucción escolar.

Cuando en 1811 tuvo que retirarse Artigas para rehacerse y continuar la lucha, todo el pueblo uruguayo (unidos pobres y ricos) lo siguió. Hecho que la Historia conoce con el nombre de "Exodo del Pueblo Oriental" por su semejanza con la salida de los hebreos de Egipto guiados por Moisés.

En ese momento histórico los Charrúas (ellos que nunca se doblegaron ante los conquistadores, que por su indomable y enconada defensa del solar nativo ante el avance español retardaron el establecimiento de ciudades en el Uruguay) supieron comprender el gesto de Artigas, vieron que donde estuviera el adalid estaba la Patria y, olvidando su huraño aislamiento respecto a los descendientes de sus dominadores, se unieron a la caravana de los que seguían y acompañaban al "Protector de los Pueblos Libres" en su exilio. Así se había hecho querer él por esos bravos hijos de las selvas orientales.

Entre los jefes que secundaban su obra por la Independencia se destacaba un indio de las Misiones, el valiente Andresito, a quien había adoptado por hijo, el cual siempre se mostró digno depositario de la confianza que le tuvo.

En 1820, vista la imposibilidad de continuar luchando por su país, Artigas, vencido por la traición de muchos de sus oficiales más que por la superioridad del enemigo, decidió expatriarse yéndose al Paraguay. En esa ocasión se le presentaron dos jefes indios del Chaco ofreciéndole el auxilio de su india para proseguir la lucha. Noble y desinteresado acto el de esos pobres aborígenes que brindaban sus hombres, primitivamente armados

para pelear contra soldados poderosamente equipados con todas las armas de la época.

El patriota uruguayo rehusó; sin duda que la realidad de los hechos se le presentó ante su imaginación: si aceptaba lo único que conseguiría iba a ser prolongar la guerra unos días más provocando el total exterminio de las dos tribus que tan generosamente se ofrecían a ayudarlo, a manos de los enemigos provistos de poderosa artillería, sin ningún provecho, pues la derrota era inevitable. Al no acceder a la ingenua proposición demostró la bondad de su alma y su amor a la raza autóctona.

Otro caudillo, lleno de ambiciones, pensando sólo en acumular glorias y laureles, hubiera aprovechado el ofrecimiento para añadir alguna batalla más a la lista de sus triunfos, sin importarle la muerte que corrieran sus aliados. Artigas, no: antes que en sí mismo pensó en los otros; aquilató las verdaderas consecuencias que acarrearía su decisión y rechazó la propuesta.

Dió con ello una prueba más de su gran corazón, de su inteligencia clarividente que anticipaba con exacta noción lo porvenir y su nunca desmentido cariño a las clases humildes de la sociedad: los pobres, los desheredados, los indios.

Héctor Strazzarino

Montevideo, Uruguay, 1950.